

2 de agosto. XVIII domingo de tiempo ordinario

En aquel tiempo, al enterarse Jesús de la muerte de Juan, el Bautista, se marchó de allí en barca, a un sitio tranquilo y desierto. Al saberlo la gente, lo siguió por tierra desde los pueblos. Al desembarcar, vio Jesús el gentío, le dio lástima y curó a los enfermos.

Como se hizo tarde, se acercaron los discípulos a decirle: «Estamos en despoblado y es muy tarde, despide a la multitud para que vayan a las aldeas y se compren de comer».

Jesús les replicó: «No hace falta que vayan, dadles vosotros de comer.»

Ellos le replicaron: «Si aquí no tenemos más que cinco panes y dos peces.»

Les dijo: «Traédmelos.»

Mandó a la gente que se recostara en la hierba y, tomando los cinco panes y los dos peces, alzó la mirada al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos; los discípulos se los dieron a la gente. Comieron todos hasta quedar satisfechos y recogieron doce cestos llenos de sobras.

Comieron unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños. (Mateo 14,13-21)

1. ¿Qué dice la Palabra?

Acabado el discurso en parábolas, la liturgia de este domingo nos invita a contemplar la multiplicación de los panes y los peces, probablemente uno de los signos más importantes de Jesús, profecía de la Pascua y de la Misión de la Iglesia.

Mateo nos sitúa en un momento crucial en la vida de Jesús: Juan ha muerto; ya no hay profetas que anuncien la llegada del Mesías. Es momento de llevar adelante la misión; y Jesús ora -se aparta a un lugar tranquilo y desértico-, sana a los enfermos y predica.

Y en ese contexto, hace el milagro, que surge de la solicitud de los apóstoles: “no tienen qué comer”. No es

una súplica que surge de un corazón sincero, lo que quieren es quitarse de en medio un problema: “despide a la gente y que busquen qué comer”, pero Jesús saca del egoísmo generosidad, de la indiferencia compromiso: dadles vosotros de comer.

Y por segunda vez los discípulos ponen dificultades: no tenemos, no podemos, no sabemos...

Pero Jesús de lo poco que tienen los apóstoles saca alimento para la muchedumbre. Una invitación a poner ante el Señor lo poco que tenemos, lo poco de valemos, lo poco que somos. Y Él hará el milagro de la multiplicación de nuestras potencialidades para saciar el hambre de pan y de Dios que sufren nuestros hermanos.

2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Este domingo el Evangelio nos presenta el milagro de la multiplicación de los panes y los peces (*Mt 14, 13-21*). Jesús lo realizó en el lago de Galilea, en un sitio aislado donde se había retirado con sus discípulos tras enterarse de la muerte de Juan el Bautista. Pero muchas personas lo siguieron y lo encontraron; y Jesús, al verlas, sintió compasión y curó a los enfermos hasta la noche. Los discípulos, preocupados por la hora avanzada, le sugirieron que despidiese a la multitud para que pudiesen ir a los poblados a comprar algo para comer. Pero Jesús, tranquilamente, respondió: «Dadles vosotros de comer» (*Mt 14, 16*); y haciendo que le acercasen cinco panes y dos peces, los bendijo, y comenzó a repartirlos y a darlos a los discípulos, que los distribuían a la gente. Todos comieron hasta saciarse e incluso sobró.

En este hecho podemos percibir tres mensajes. El primero es la *compasión*. Ante la multitud que lo seguía y —por decirlo así— «no lo dejaba en paz», Jesús no reacciona con irritación, no dice: «Esta gente me molesta». No, no. Sino que reacciona con un sentimiento de compasión, porque sabe que no lo buscan por curiosidad, sino por necesidad. Pero estemos atentos: compasión —lo que siente Jesús— no es sencillamente sentir piedad; ¡es algo

más! Significa *com-patir*, es decir, identificarse con el sufrimiento de los demás, hasta el punto de cargarla sobre sí. Así es Jesús: sufre junto con nosotros, sufre con nosotros, sufre por nosotros. Y la señal de esta compasión son las numerosas curaciones que hizo. Jesús nos enseña a anteponer las necesidades de los pobres a las nuestras. Nuestras exigencias, incluso siendo legítimas, no serán nunca tan urgentes como las de los pobres, que no tienen lo necesario para vivir. Nosotros hablamos a menudo de los pobres. Pero cuando hablamos de los pobres, ¿nos damos cuenta de que ese hombre, esa mujer, esos niños no tienen lo necesario para vivir? Que no tienen para comer, no tienen para vestirse, no tienen la posibilidad de tener medicinas... Incluso que los niños no tienen la posibilidad de ir a la escuela. Por ello, nuestras exigencias, incluso siendo legítimas, no serán nunca tan urgentes como las de los pobres que no tienen lo necesario para vivir.

El segundo mensaje es el *compartir*. El primero es la compasión, lo que sentía Jesús, el segundo es el compartir. Es útil confrontar la reacción de los discípulos, ante la gente cansada y hambrienta, con la de Jesús. Son distintas. Los discípulos piensan que es mejor despedirla, para que puedan ir a buscar el alimento. Jesús, en cambio, dice: dadles vosotros de comer. Dos reacciones distintas, que reflejan dos lógicas opuestas: los discípulos razonan según el mundo, para el cual cada uno debe pensar en sí mismo; razonan como si dijese: «Arreglaos vosotros mismos». Jesús razona según la lógica de Dios, que es la de compartir. Cuántas veces nosotros miramos hacia otra parte para no ver a los hermanos necesitados. Y este mirar hacia otra parte es un modo educado de decir, con guante blanco, «arreglaos solos». Y esto no es de Jesús: esto es egoísmo. Si hubiese despedido a la multitud, muchas personas hubiesen quedado sin comer. En cambio, esos pocos panes y peces, compartidos y bendecidos por Dios, fueron suficientes para todos. ¡Y atención! No es magia, es un «signo»: un signo que invita a tener fe en Dios, Padre providente, quien no hace faltar «nuestro pan de cada día», si nosotros sabemos compartirlo como hermanos.

Compasión, compartir. Y el tercer mensaje: el prodigio de los panes preuncia *la Eucaristía*. Se lo ve en el gesto de Jesús que «lo bendijo» (v. 19) antes de partir los panes y distribuirlos a la gente. Es el mismo gesto que Jesús realizará en la última Cena, cuando instituirá el memorial perpetuo de su Sacrificio redentor.

En la Eucaristía Jesús no da un pan, sino *el* pan de vida eterna, se dona a Sí mismo, entregándose al Padre por amor a nosotros. Y nosotros tenemos que ir a la Eucaristía con estos sentimientos de Jesús, es decir, la compasión y la voluntad de compartir. Quien va a la Eucaristía sin tener compasión hacia los necesitados y sin compartir, no está bien con Jesús.

Compasión, compartir, Eucaristía. Este es el camino que Jesús nos indica en este Evangelio. Un camino que nos conduce a afrontar con fraternidad las necesidades de este mundo, pero que nos conduce más allá de este mundo, porque parte de Dios Padre y vuelve a Él.

Que la Virgen María, Madre de la divina Providencia, nos acompañe en este camino.

Papa Francisco. Ángelus 03/08/2014

3. *¿Qué le decimos a Dios?*

*Jesús, ayúdame a saber
multiplicar mi amor.*

*Para que el milagro se produzca
necesito simplemente
ofrecerte lo que tengo, nada
más... pero tampoco nada
menos.*

*Tú multiplicarás estos pocos o
muchos dones para el bien de
todos.*

*Con humildad y sencillez te
ofrezco mis talentos,
consciente de que los he
recibido para darlos a los
demás.*